

Almazán, don Modesto, su entonces propietario, dejó a “los de la película”, para que almacenasen algún que otro bártulo, y es que todo el pueblo se quedaba chico.

Como estaba por abandonar Atienza en pos de irme a ese internado de Griñón estaba exento de hacer deberes y justificar buen comportamiento ante el maestro. Así que, con la licencia de don José Luis Pérez Yuste, disponía de horas y horas, junto a algunos otros chiquillos más, para matar el rato en lo que mejor conviniese.

De aquello el recuerdo de la primera vez que puse el pie en el ábside de San Francisco, que, por no se sabe que extraños misterios, había quedado lo mismo que una berruga en la nariz de la fábrica de harinas. Y en él, una mañana, con alboroto de palomas que tratan de escapar por las mataduras de las piedras puesto que el ábside estaba convertido en palomar, previa compensación de dos o tres duros, junto a dos de mis inseparables amiguetes de infancia, Goyo Medina y Ramón de la Vega, pasamos la mañana descargando ¡caballos! Sí, sí, caballos para la película. Enormes, de todos los colores. Sansones parecíamos cada uno de nosotros, puesto que cada uno de nosotros podía cargar sobre sus hombros un caballo entero, y parecían de verdad, solo que eran una especie de plástico marrón que, visto desde la distancia, bien pudieran pasar por caballos de los de verdad, y mejores aún de los que algunos hermanos llevaban en La Caballada. Allí quedaron, al resguardo de las centenarias piedras del más maltratado monumento de Atienza. Del convento al hospital, a descargar las cadenas. Y quien diría que un chiquillo de nueve o diez años podía cargar sobre sus hombros unas cadenas que, de no decirlo, parecieran las mismas con las que ataron a Sansón a las columnas. También eran de plástico. Creo que fue entonces cuando advertimos que lo del cine era todo una mentira y, aunque unos años antes había visto a Orson Welles asomado al castillo atencino lo mismo que un señor feudal, vistiendo armadura, ciñendo espadón y amenazando con una maza, y todo parecía real, en el cine, el domingo, cuando Eva y su hermana, las hijas del tío Capataz, como era de ley se pusieron a llorar a mitad de la película de turno, nos vimos en la obligación de decirles que esas historias que se contaban en la pantalla eran todo fantasía. Claro que Eva, como si tal cosa, continuó, como siempre hacía, con sus lloros de emoción. Lo importante, por encima de todo, estaba en la fantasía que todo aquel mundo nos hacía vivir.

Aquel verano de 1969 acercarse al patio de armas del castillo era vivir la aventura viendo a los obreros del tío Longinos por debajo de nosotros recrear, con los mismos tubos de hormigón que pocos años antes habíamos visto enterrarse en la panza de nuestras calles, cuando nos metieron el agua, un templo griego. Y continuaban las historias fantasiosas, porque, se decía, que el Chalet, la última casa construida en el pueblo frente a la leprosa iglesia de San Salvador, había sido alquilado para residencia de la actriz principal, Katherine Hepburn, por la nada despreciable cifra de cien mil pesetas mensuales. ¿Alguien había visto en Atienza cien mil pesetas juntas? Pues la Katherine las debía de tener. Es que la señora Hepburn en Atienza era ya la Katherine, porque si iba a vivir en Atienza pues... una atencina más.

La Katherine y los ingleses y los griegos, porque resultó que la mayoría de los intervinientes en la película eran ingleses y griegos, aunque eso importase muy poco. Para la señora Bárbara, la Perejona, vecina de San Gil de toda la vida, continuaban siendo, como Dios manda, americanos. O, si acaso, y como mucho, forasteros.